FRANCIA Y ESPAÑA.

PARALELO

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN VERSO,

y original de

D. FÉLIX FERNANDEZ DEL RINCON

Y

D. CALISTO NAVARRO.

Representado con aplauso en Madrid la noche del 17 de Enero de 1872.

MADRID:

IMPRENTA, JESUS DE VALLE, 15, BAJO.

1872.

FRANCIA Y ESPAÑA.

PARALELO

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN VERSO,

y original de

D. FÉLIX FERNANDEZ DEL RINCON

Y

D. CALISTO NAVARRO.

Representado con aplauso en Madrid la noche del 17 de Enero de 1872.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID:
IMPRENTA, JESUS DE VALLE, 15, BAJO.

1872.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Maximiano Suarez y á sus autores ó herederos, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises en que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los comisionados de las Galerías dramáticas y líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo son los esclusivos encargados del cobro de las representaciones y de la venta de ejemplares.

A SU BUEN AMIGO

D. PEDRO FERNANDEZ DEL RINCON.

¿A quién mejor que al hermano de mi desgraciado amigo pudiera dirigirme...? Juntos concebimos el plan de esta pobre obra, juntos la desarrollamos, y juntos debíamos esperar el juicio del público; pero ¡ay! él, acaso mas dichoso que nosotros, nos abandonó por mejor vida...

Al poner al frente de esta produccion su nombre de usted, creo interpretar los deseos de aquel á quien tanto hemos querido, y en su nombre, así como en el mio, hago la ofrenda: recíbala V., pues, y sírvanos este su primer ensayo de triste al par que cariñoso recuerdo.

Calisto Navarro.

725331

CUADRO PRIMERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAD. RENARD.....	Sra. D.ª Matilde Matheis.
JOSEFINA.....	Sta. D.ª Angela Valle.
CÉSAR.....	Sres. D. Juan B. Campos.
AUGUSTO.....	» Fernando Carmona.
EL PREFECTO.....	» Federico Balada.
UN FRANCÉS.....	» Márcos Ubis.

Hombres del pueblo, y baile.

CUADRO SEGUNDO.

AGUSTINA.....	Sra. D.ª Isabel Sanchez.
PILAR.....	Sta. D.ª Adela Oviedo.
ANTONIO.....	Sres. D. Juan B. Campos.
ANSELMO.....	» Márcos Ubis.
BLAS.....	» Federico Balada.
UN ARAGONÉS.....	» Peña (Ramon).

Aragoneses, y baile.

(La accion del primer Cuadro tiene lugar en un pueblo de las inmediaciones de Paris, y en nuestros dias: la del segundo, en Zaragoza, año de 1808.)

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

Decoracion de calle.—Varios hombres del pueblo formando corro alrededor de las parejas, que bailan el can-can.

ESCENA PRIMERA.

MAD. RENARD *y* JOSEFINA, *que salen de una boca-calle: los hombres y el baile se retiran.*

RENARD. ¿Dices que nada se sabe?
JOSEFINA. Nada. ¡Ay de mí!
RENARD. Qué agonía.
Pero es preciso, hija mia,
que esta situacion acabe.
¡Oh! no comprendo, en verdad,
cómo aquí viven en calma,
mientras destroza mi alma
una contínua ansiedad.
Cómo esta gente reposa
enmedio de su ignorancia,
atravesando la Francia
situacion tan angustiosa.
No es que de Augusto la suerte
me aflija; no, por mi fé;
que si á luchar le mandé,
sé que hallar puede la muerte.
¡Y si combate mi amor
como ciudadana y madre,
aunque mi pecho taladre,
me habla mas alto el honor!
Pero me salta en pedazos
y el corazon me lacera,
mirar á la Francia entera
gemir cruzada de brazos.

JOSEFINA. ¿Y piensa usted que quizás
Augusto pueda aliviarla?
RENARD. Si no consigue salvarla,
será un ciudadano mas.
Francia le ha visto nacer,
su sangre le pertenece,
y si por ella perece
cumplirá con un deber.
JOSEFINA. ¿Y usted, su madre, confiesa...?
RENARD. Le mando á morir, ¿y qué...?
al ser madre no dejó
por eso de ser francesa.
Muerto, su muerte llorara;
vencedor, mas le quisiera;
cobarde, le maldijera,
y le escupiera á la cara.
JOSEFINA. Pero si llego á perder
el objeto de mi amor,
¿qué me importa á mí el honor,
si ya no le puedo ver?
¿Qué entiendo yo de ambiciones,
qué sé de venganza fiera,
si la bala que le hiera
va á matar dos corazones?
RENARD. ¡Oh, calla, calla esa boca,
porque al oirte así hablar
voy, Josefina, á pensar
que el dolor te ha vuelto loca!
¿Qué te importa á tí el honor,
qué de tu patria el agravio...?
¡Cuando eso dice tu lábio
no estrañes, no, mi temor!
¿Amoldárase á tu gusto,
segun eso, si en tus brazos
del patriotismo los lazos
olvidara mi hijo Augusto?
¿Tan poco la patria obliga,
que así tu afan le propone
que su bandera abandone
ante la hueste enemiga?
Díme que tu lábio miente,
que te engaña el corazon,
ó al proponer tal baldon
creeré, sí, que estas demente.
Que cuando el destello arde
que la razon ilumina,
no se puede, Josefina,
amar á ningun cobarde.
JOSEFINA. Diérale aun así mi amor,

aunque fuera vergonzoso:
para ser un buen esposo
¿qué falta le hace el valor?

RENARD. ¡Oh, mas no puedo escuchar!
¿Sabes tú lo que profieres?
Si así piensan las mujeres,
los hombres ¿cómo han de obrar?
¿Podrá buen esposo ser
quien ve y sufre con paciencia
hollada la independencia
del suelo que vió al nacer...?
Y aun cuando á serlo llegara,
si tras afanes prolijos
ese hombre tuviera hijos,
¿cómo, dí, los amparara?
¿Cómo guardára su honor
si así su deber olvida?
Ay, hija, falta la vida
al que le falta el valor.
Desecha, pues, esa idea,
indigna de tu decoro,
y guarda, guarda ese lloro
mientras dure la pelea;
no vayan á sospechar
nunca, ni propios, ni estraños,
que enmedio de nuestros daños
solo sabemos llorar. (*Váse.*)

ESCENA II.

JOSEFINA.

¡Ay de mí, tiene razon;
mi dolor es imprudente!
Mas si calla lo que siente,
¿qué consigue el corazon?
Al ocultarlo sospecho
que aumentára mi agonía;
ni el dolor ni la alegría
caber pueden en el pecho.
Y si la dicha dilata
el corazon, y aun rebosa,
¿cómo ocultar una cosa
que le oprime y que le mata?
Mas, ¡cielos... qué es lo que veo!
es él, no me cabe duda.
¡Augusto! El Señor me ayuda,
cumplióse al fin mi deseo,

ESCENA III.

JOSEFINA *y* AUGUSTO.

JOSEFINA. ¡Augusto!
AUGUSTO. ¡Vida mia,
al fin consigo verte!
JOSEFINA. ¡Oh! cuánta es mi alegría;
tambien creí perderte,
y ya mi pecho mísero
sentia desmayar.
AUGUSTO. ¡Oh, gracias!
JOSEFINA. ¡Ese acento
el corazon me abrasa!
¡Augusto...!
AUGUSTO. ¡Qué tormento!
JOSEFINA. ¿Qué tienes, qué te pasa?
Ese semblante tétrico
aumenta mi pesar.
¿Por qué, si al fin el hado,
propicio á mi deseo,
te trae hoy á mi lado;
por qué, si al fin te veo,
y mas amante encuéntrasme,
si cabe mas amor,
esa afliccion estrema
revela tu semblante,
que despiadada quema
mi seno palpitante?
¿Por qué tus ojos lánguidos
me miran con temor?
Yo de ese pesar fiero
que así tu pecho esconde,
la causa saber quiero;
á mi ansiedad responde,
mi corazon apréstase
á consolarte ya.
Y entre ambos repartida
la pena que te aqueja,
verás como se olvida,
verás cuán pronto ceja,
y tu dolor un límite
seguro encontrará.
AUGUSTO. ¡Oh, gracias! Como al alma,
tu acento afectuoso
volviérale la calma,
y como le es sabroso
el interés vivísimo
que en tus miradas lee.

Cuán gratas á mi anhelo,
despues de tanto agravio,
las frases de consuelo
que brotan de tu lábio,
y son de tu alma cándida
la profesion de fé.
¡Con qué placer arguyo
mi amor la recibiera;
con qué placer al tuyo
mi pecho respondiera,
y mil veces mostrárate
su férvida pasion!
Pero ¡ay! ¡Aun la tormenta
sobre nosotros ruge;
nuestro valor ahuyenta
con su violento empuje,
y ecos tan solo lúgubres
encuentra el corazon!
¡Patria, patria adorada,
con qué dolor mis ojos,
al verte destrozada,
contemplan tus despojos!
¡Si de un sueño paréceme
que vil juguete soy!
¡Cómo pensar pudiera,
al verte tan potente,
que tu valor sufriera
jamás de estraña gente
el yugo que tiránica
quiere imponerte hoy!

.....

El hado que propicio
invoca tu locura,
exige un sacrificio,
te roba la ventura
que imaginaste plácida
por siempre ya gozar.
Olvida, pues, tu ensueño,
no soy contigo injusto,
pero ¡ay! ya no soy dueño
de amarte niña.

JOSEFINA. ¡Augusto!

AUGUSTO. Fuera, por Dios, sacrílego
en nuestro amor pensar. (*Váse Josefina.*)

ESCENA IV.

AUGUSTO; *luego* EL PREFECTO, UN FRANCÉS, *y pueblo.*

AUGUSTO. ¡Ay de mí, que para siempre
su corazon he perdido;
la muerte puede tan solo
terminar mi sacrificio!

PREFECTO. ¡Ola, buen mozo! ¿qué nuevas
nos traes de los enemigos?
¿Cuándo nos piden la paz,
dándose ya por vencidos?

AUGUSTO. ¡Obcecados los prusianos,
y orgullosos con sus triunfos,
quieren por toda la Francia
estender su señorío,
y llevar por todas partes
el luto y el esterminio!

PREFECTO. Del dicho al hecho hay gran trecho:
la Francia aun cuenta con bríos,
y no ha de mirar con calma
ese desafuero indigno;
¿no es cierto, muchachos?

TODOS. ¡Sí!

UN FRANC. Que vengan, y aquí sus hijos,
llenos de santo ardimiento,
les darán su merecido.

AUGUSTO. A poner sitio á Paris
se aprestan.

PREFECTO. ¡Nécio designio!
Paris es inexpugnable,
y de ello, al fin convencidos,
tendrán que dejarlo.

AUGUSTO. Todos
opinan tambien lo mismo.
La Guardia Móvil se apresta,
y en gran número reunidos,
con la Guardia Nacional
y el Ejército, tranquilos
todos en su puesto esperan
del cañon el estampido,
dispuestos en todas partes
á luchar con heroismo.
Doquier fabrican cartuchos
las mujeres y los niños,
y no hay un solo francés
del combate retraido.

PREFECTO. Vencemos, no cabe duda:
si al pronto, sobrecogidos

por su táctica maldita
y sus golpes de improviso,
hoy, que pretende meterse
en nuestros hogares mismos,
pagarán cara su audacia,
y ni uno va á salir vivo.

UN FRANC. ¡Bien por el señor Prefecto!

PREFECTO. Estando todos reunidos,
y dispuestos, no es posible
vencer nuestro patriotismo:
que vengan; ¡ya estoy rabiando
por pegar á esos malditos!
Pues qué, ¿no somos franceses?
¿No somos aquellos mismos
que hicieron temblar á Europa
dominando á su alvedrío?
Por ventura, ¿hemos cambiado?
¡Pues hombre, fuera bonito!
Pero ya es tarde, y me voy
á saber si algo ha ocurrido
de nuevo; con que, muchachos,
ánimo fuerte... y lo dicho.

ESCENA V.

AUGUSTO, *pueblo, y* CESAR.

UN FRANC. Tiene razon el Prefecto,
nosotros siempre hemos sido
los amos, y hoy mas que nunca
esperarse debe el triunfo.

AUGUSTO. ¡Viva Francia independiente!

TODOS. ¡Viva!

UN FRANC. Vencer es preciso.

CÉSAR. *(Saliendo.)* Lástima ya me está dando
el tiempo que estais perdiendo.

AUGUSTO. ¿Pues qué pretendes?

CÉSAR. Pretendo,
que en vez de estar discutiendo
debiérais estar luchando.
Mientras con nécios clamores
os juzgais, quizás, salvados,
se acercan los vencedores.
Francia no quiere oradores,
que ha menester de soldados.

AUGUSTO. Todos los somos.

CÉSAR. ¡Pardiez,
que ya en mostrarlo tardais!
¿Quereis que vengan tal vez?
¿Qué haceis aquí que no vais

tras ellos con avidéz?
¿Por qué con valor febril
no os lanzáis á la palestra,
tras unos mil, otros mil,
empuñando vuestra diestra
ya una espada, ya un fusil.

UN FRANC. ¡No hay armas!

CÉSAR. Si sois valientes,
tampoco hacen falta muchas
para batir á esas gentes:
que en tan desiguales luchas,
con las manos, con los dientes,
basta para combatir
en pro de la libertad,
sin la cual ¿qué es el vivir?

AUGUSTO. ¿Y que se logra?

CÉSAR. ¡Morir
al menos con dignidad!
¡Cuando la ocasion se ofrece
no hay quien el valor mitigue
de un pueblo que se engrandece,
y con su sangre consigue
la libertad que merece!
¡Probad, y si de este hecho
sacar no lograis guirnaldas,
que el prusiano, satisfecho,
pueda heriros en el pecho,
pero nunca en las espaldas!
id, que la suerte decida,
y aunque vuestra furia arrostro,
quisiera ver, por mi vida,
que vuestra sangre vertida
iba á salpicar su rostro.

AUGUSTO. En corto número estamos
para hacer tales estremos.

CÉSAR. Allá en España contamos,
no á los que á combatir vamos,
sí los que morir sabemos.
Si hoy esquivais así el fuego
que enemigos os proponen,
y echais la amenaza á juego,
¿cómo habeis de romper luego
los grillos que os aprisionen?

UN FRANC. ¡Deja que en nuestra ignorancia,
sin penar daños prolijos,
vivamos!

CÉSAR. ¡Nécia jactancia!
Si así desmayan sus hijos,
¿qué puede esperar la Francia?

ESCENA VI.

Dichos; MAD. RENARD.

RENARD. ¡Oh! ¿quién de la patria mia
habla así, con tal despego?
¿Tú aquí, Augusto? ¡Qué alegria!
CÉSAR. Ya mis lábios no desplego,
Vedla, que os sirva de guia.
RENARD. ¡Mas cómo ha sido el venir!
¿Triunfaron nuestros hermanos?
¡Habla!
AUGUSTO. (Me siento morir.)
RENARD. ¿O no quedan mas prusianos
en Francia á quien combatir?
AUGUSTO. ¡Madre!
RENARD. (¡Temo comprender...
y la angustia me devora!)
¡Oh! brava cosa es vencer,
¿no es cierto? (*queriendo engañarse.*)
CÉSAR. (¡Pobre señora!)
RENARD. ¡Vencidos! (*Al ver la turbacion de Augusto.*)
CÉSAR. (¡Como ha de ser!)
RENARD. Y esa sentencia fatal
que nuestra desgracia anuncia,
y que viene, por mi mal,
á herir mi pecho leal,
¿eres tú quien la pronuncia?
AUGUSTO. Madre, no me condeneis
sin haberme antes oido;
no mi desdicha aumenteis;
culpable me suponeis...
¿quien ¡ay! no lo hubiera sido?
¡Fiel á la voz del honor,
y á lo que el deber ordena,
marché á luchar sin temor,
con el ánima serena,
con patriótico valor!
Cercano ya del lugar
donde alistarme creia,
para morir ó triunfar,
espantosa vocería
vino mi calma á turbar.
Mezcla confusa y estraña
de lamentos, maldiciones,
gemidos é imprecaciones,
á los que con fiera saña
respondian los cañones.
Al oirlos, impaciente

mi corazon se agitaba,
lleno de entusiasmo ardiente,
y la distancia acortaba
salvándola con la mente.
Al fin la suerte diversa
de la lid pude admirar,
para nosotros adversa,
viendo sin órden cruzar
á nuestra legion dispersa.
¡Al contemplar cómo huian,
helóseme el corazon,
mientras que en tal confusion
los desgraciados caian
al disparo del cañon!
¿Qué mas pudiera decir?
Al mirarlos sucumbir
enfrióse mi denuedo,
y solo pensé en huir;
lo confieso, tuve miedo.

RENARD. ¿Y de ese modo responde
á su deber tu hidalguía?
¡Oh, calla esa boca impía!
¿Dónde tu valor se esconde,
hijo indigno?

AUGUSTO. ¡Madre mia!

RENARD. ¡Vuelve, vuelve á la pelea,
no mas tu prudencia aguarde,
que si otra vez llegas tarde,
harás, Augusto, que crea
que eres tan solo un cobarde!
Y si un resto de pudor
aun en tu pecho se abriga,
al escuchar mi clamor
lava con sangre enemiga
la mancha que hay en tu honor.

ESCENA VII.

Dichos, EL PREFECTO, *y* JOSEFINA.

PREFECTO. ¡Favor, socorro!

CÉSAR. ¿Qué ocurre?

PREFECTO. ¡Que vienen! ¡Que los he visto!

RENARD. ¿Pero... á quién?

PREFECTO. ¡A los hulanos!

AUGUSTO. ¡Cielos!

UN FRANC. ¡Huyamos!

JOSEFINA. ¡Dios mio!

PREFECTO. Pronto, todos á sus casas;
no resistir lo mas mínimo,

porque... ¡pobres de nosotros
si llega á sonar un tiro!

CÉSAR. ¿Pero tan fiero es el trance
para contarnos perdidos?

PREFECTO. Pues si vienen á galope
esos feroces beduinos,
que corren como centellas
veloces de uno á otro sitio;
que penetran en los pueblos
sin ser por ninguno vistos,
¿qué esperanza ha de quedarnos?
¡Ninguna, ya no hay arbitrio!

RENARD. ¿Y es usted, señor Prefecto,
quien de un modo tan indigno
ejerce la autoridad?

PREFECTO. ¿Pues qué he de hacer?

CÉSAR. Recibirlos...

PREFECTO. Eso pretendo.

CÉSAR. ¡A balazos!

PREFECTO. ¡Válgame el Señor Santísimo!

AUGUSTO. ¿Cuántos vienen?

PREFECTO. No he contado;
mas deben ser infinitos,
á juzgar la polvareda
que se advierte en el camino.

CÉSAR. Pues bien; vamos á contarlos,
para quedar convencidos.

PREFECTO. ¡Quietos, por Dios; ved que luego
va á pagarlo mi indivíduo!
Mejor es no hacerles caso,
y estarnos todos tranquilos,
que ya dejarán el pueblo
cuando lo crean propicio.

RENARD. Franceses, ¿vereis con calma
penetrar al enemigo
en vuestros propios hogares
para ultrajar vuestros hijos?

TODOS. ¡No!

RENARD. ¡Viva Francia!

PREFECTO. ¡Silencio,
por Dios, que pueden oirnos!
Mirad que ya están muy cerca,
y si nos cogen reunidos,
van á pensar que queremos
á su fuerza resistirnos.

CÉSAR. ¡Amigos, bajo los rayos
del sol de España he nacido,
y á ser liberal mis padres
me enseñaron desde niño!

No por amor á la Francia
hoy batirme solicito;
pero viendo en este suelo
la libertad en peligro,
ni quiero ver quien la insulta,
ni quien se pone á su abrigo;
solo salvarla pretendo,
y ciego por conseguirlo,
quiero con toda mi sangre
contemplar su nombre escrito.
¡Venid!

AUGUSTO. Sí, vamos. (*Los demas franceses no se mueven.*)

RENARD. ¡Cobardes!
¿Sereis, por Dios, tan indignos,
que despues de dar ejemplo
quien en Francia no ha nacido,
retrocedais asustados?
¡Pues bien, Augusto, hijo mio,
ya que luchar no es posible,
vé, yo á la muerte te envio,
para que tu sangre caiga
sobre estos hombres mezquinos,
que hasta de valor carecen
para correr!

AUGUSTO. ¡Madre!

RENARD. ¡Hijo!
Dios te proteja; á vosotros
os execro, y os maldigo.

AUGUSTO. ¡Adios, madre! ¡Josefina!

JOSEFINA. ¡Augusto!

CÉSAR. ¿Vereis tranquilos
cómo al combate marchamos
despreciando vuestro anxilio?

TODOS. ¡No!

AUGUSTO. ¡Viva Francia!

TODOS. ¡Sí, viva!

CÉSAR. A sucumbir, si es preciso. (*Vánse todos.*)

JOSEFINA. ¡Vírgen María!

RENARD. Nosotras,
á pedir á Dios su triunfo. (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

EL PREFECTO, *solo.*

¡Todos se van, y me dejan
solito con mi persona,
expuesto á estas impresiones
terribles y desastrosas!

¿Qué va á ser de mí si llegan
á tirar al pueblo bombas?
Pero, calle, ya se agrupan
en el arrabal, y toman
posiciones... ¡Muy bien hecho;
esa táctica les honra ..!
¡Ya se acercan los hulanos...
se paran... ahora es la hora! (*Suena una descarga.*)
¡Ave María Purísima!
Embisten... los acogotan...
corren los nuestros... ¡Cobardes!
¿Quién les mandará que corran?

VOCES DEN. ¡Los hulanos, los hulanos!

PREFECTO. Pues señor, ruede la bola. (*Huye.*)
(*Pasan los franceses corriendo de un lado á otro.*)

ESCENA IX.

CÉSAR, *herido.*

¡Cobardes, todos sus puestos
asustados desalojan,
las armas abandonando
en esa huida afrentosa!
¡Me faltan las fuerzas...! ¡Triste
país...! ¡La bala traidora
que en el pecho á herirme vino
siento que mi vida acorta!
(*Se oye la Jota aragonesa muy piano.*)
¡España, si vieras esto...!
¡Cielos... La sangre me ahoga!
¡España, España del alma,
Zaragoza... Zaragoza!!! (*Cae.*)
La orquesta sigue tocando la Jota con mas fuerza mientras tiene lugar la

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

LAS MURALLAS DE ZARAGOZA.

Mientras los mozos cantan, en el centro bailan la Jota varias parejas: al marcharse todos, quedan en escena Agustina y Pilar.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, *y* AGUSTINA,

AGUSTINA. ¿Y no han vuelto?
PILAR. No, señora,
hace ya rato partieron,
y al instante se perdieron
á mi vista exploradora.
AGUSTINA. Arriesgado es por demas
el plan que se proponian,
y aunque en su valor confian,
perder pudieran, quizás.
PILAR. La patria es hoy su bandera,
y en ellos temor no cabe.
AGUSTINA. ¿Pero, díme, no se sabe
si esa legion estranjera,
cansada ya de sufrir
de la suerte los reveses,
nos deja?
PILAR. Si los franceses
piensan triunfantes salir.
AGUSTINA. Pues en vano se alboroza
esa gente, y su locura
les lleva á su sepultura,
que está abierta en Zaragoza.
PILAR. ¡Los hijos de esta ciudad
han jurado, por su Dios,
morir uno de otro en pos,
ó alcanzar la libertad,
y llenos de patriotismo
sufren la fiera metralla,
con su pecho por muralla,
y por armas su heroismo!
AGUSTINA. ¡Que la Vírgen del Pilar,
á quien veneramos tanto,

les cobije con su manto
y triunfen...!

PILAR. ¡No han de triunfar!
¡Cuando en trance decisivo
un pueblo así se enagena,
no hay quien forge la cadena
para tornarle en cautivo;
y solo consiguen, sí,
cañones de tal calibre,
hacer al libre mas libre,
como nos sucede aquí.

AGUSTINA. Solo temo que en su arrojo,
por su valor impelido,
mi pobre Antonio querido
vaya á ser triste despojo
de esa falange insolente,
que en su nécio desvarío
hollar quiere el alvedrío
de este pueblo independiente.

PILAR. De franceses rodeado
habia de contemplarle,
bien segura de encontrarle
vencedor pronto á mi lado.
Porque tanto me enloquece
el valor que en él reside,
que este amor hasta me impide
pensar que Antonio perece.

AGUSTINA. Pues yo, sin dejar de amarle,
por él y su valentía,
verle pretendo, hija mia,
y en mis brazos estrecharle;
que al estruendo del cañon
el dolor me vuelve loca,
mas sin que salga á la boca
lo que teme el corazon.
Y si le puedes hablar,
díle que mas no taladre
el corazon de una madre,
que no se atreve á llorar. (*Váse.*)

ESCENA II.

PILAR.

¡Pobre madre, que en su amor
con dolor y patria en lucha,
la voz del honor escucha
para acallar su dolor!
¡Ah, francés, tú lo prefieres,
y de tu mal no te asombres,

fusiles tienen los hombres
y lágrimas las mujeres!
Por eso las alevosas
balas, á quien temeis tanto,
van envueltas en el llanto
de madres, hijas y esposas,
que ven su calma perdida...
¿Mas no me engaña el deseo...?
¡Antonio, sí, es el que veo!
¡Antonio!

ANTONIO. ¡Pilar querida!

ESCENA III.

PILAR; ANTONIO.

PILAR. No en vano aquí en mi pecho
buscó la calma asilo;
no en vano ví tranquilo
latir mi corazon;
porque una voz secreta
doquier me repetia,
que tu sosten seria
nuestra feliz pasion.

ANTONIO. ¡Pilar, tu dulce nombre,
que el desgraciado invoca,
saliendo de mi boca
me induce á pelear;
y cada vez que veo
enfrente un enemigo,
salvarme al fin consigo
nombrándote, Pilar!

PILAR. ¿Vencido habeis, sin duda?

ANTONIO. ¡Si no vencer, al menos,
luchando como buenos,
mostrar nuestro valor;
y diez contra cincuenta,
sangrientas las púpilas,
sembrar entre sus filas
desórden y terror!
Que los que de estos muros
hoy somos defensores,
jamás los opresores
podemos consentir;
y de entusiasmo llenos
en la pelea fiera,
se ve en nuestra bandera:
«¡Vencer, ó sucumbir!»

PILAR. Antonio, ya en tu frente
el fuego santo brilla

del hombre que acaudilla
al pueblo aragonés;
y al contemplar los rayos
que tu mirada lanza,
se agota la esperanza
que alienta hoy al francés.

ANTONIO. ¡Pilar!

PILAR. ¡Tu madre amante,
por tu valor temblando,
quizás está llorando,
sufriendo está quizás!

ANTONIO. ¿En dónde?

PILAR. Fue á buscarte.

ANTONIO. Pues calma su recelo.

PILAR. ¡Adios, mi bien!

ANTONIO. ¡Mi cielo,
aquí verme podrás! (*Váse Pilar.*)

ESCENA IV.

ANTONIO, *y* ANSELMO.

ANSELMO. Por aquí le encontraré:
¡Antonio! (*Llamando.*)

ANTONIO. ¿Quién va? ¡Tio Alselmo!
¿qué le trae por este sitio?

ANSELMO. ¿Qué ha de traerme? El deseo
de oir de tu propia boca
la relacion del suceso.
¿Hicísteis una salida?
¡Oh, si no estuviera ciego,
tambien, ay de mí, saliera
á combatir á esos perros,
y vieras, vieras entonces,
apesar de ser tan viejo,
cómo los años se olvidan
por la patria combatiendo!
¡Aun así y todo no sé
cómo mi enojo contengo,
y á no ser porque de estorbo
tan solo serviros temo,
al combate me lanzara...!

ANTONIO. ¿Y qué íbais á hacer, tio Anselmo?

ANSELMO. ¡Es verdad, pobre de mí,
siempre me olvido...!

ANTONIO. ¡Eso es bueno!
Usted aun puede servirnos
de mucho.

ANSELMO. Pues no comprendo...

ANTONIO. Infundiéndonos firmeza

y valor con sus consejos.

ANSELMO. ¡Poco sé, mas si es preciso,
todo cuanto sepa es vuestro!

ANTONIO. Gracias en nombre de todos;
pero... ¿llora usted, qué es eso?

ANSELMO. Lloro, pero es de coraje
al contemplar que no puedo
ni ayudaros en la empresa,
ni gozar viendo los muertos
que vuestras certeras balas
van tendiendo por el suelo.
¿Díme, caen muchos?

ANTONIO. Algunos;
mas de contarlos no hay tiempo.

ANSELMO. ¿Para qué? Despues, con calma,
mejor contarlos podremos.

ANTONIO. ¿Despues?

ANSELMO. Sí, cuando se marchen.

ANTONIO. ¿Pensais ganar, segun eso?

ANSELMO. ¡Otra, pues solo faltaba
que lo dudara un momento!

ANTONIO. ¡Dios sus palabras escucha!

ANSELMO. ¡Pues nada, dálo por hecho!
Mas... cuéntame cómo ha sido
la salida; por supuesto,
les habeis zurrado bien,
¿no es verdad? háblame de ello.

ANTONIO. Viendo que de dia en dia,
y casi ya por momentos,
esos diablos de franceses
iban ganando terreno,
decidimos unos cuantos,
sin dar cuenta del proyecto,
intentar una salida
por las orillas del Ebro,
y hacerles abandonar,
si era posible, sus puestos.

ANSELMO. ¡Muy bien pensado!

ANTONIO. Reunidos
para lograr nuestro intento
esta mañana, y apenas
el sol alumbraba al cielo,
nos echamos de improviso
sobre esos malditos perros,
haciéndoles por de pronto
dejar sus alojamientos.

ANSELMO. ¡Duro!

ANTONIO. Despues del ataque,
y del susto ya repuestos,

con fuerzas centuplicadas
darnos caza pretendieron,
y el arrabal asaltando,
cruzóse un nutrido fuego,
que ocasionaba en sus filas
perjuicios grandes, inmensos.
Por fin, no al miedo, lo juro,
pero al número cediendo,
casa á casa, palmo á palmo,
y hasta casi dedo á dedo,
sin dejar de hacerles frente,
fuimos ganando terreno,
sin que hubiéramos perdido
ni un valiente de los nuestros.
¡Solo Blas...!

ANSELMO. ¿Qué ha hecho ese bruto?

ANTONIO. ¡Tal vez por la rabia ciego,
y sin que nadie le viese
(que no sucediera á verlo),
se hizo fuerte en una casa
que hay al principio del pueblo,
y allí, si no le han cogido,
el desgraciado habrá muerto...!

ANSELMO. ¡Morir... puede; mas... pillarlo...
que si quieres, no lo creo!
Buen chico es Blas para andarse
con esas cosas; te apuesto
á que ha hecho una animalada
antes de estirar el cuello.

ANTONIO. ¡Sí estaba solo...!

ANSELMO. No importa,
ya verás como sabemos...

ESCENA V.

Dichos; BLAS, *y aragoneses.*

BLAS. ¡A la paz de Dios!

ANTONIO. ¿Qué miro?
¡Blas! (*Abrazándole.*)

BLAS. ¡Antonio! ¡Ola, tio Anselmo!
¿Tambien usted se decide
á tomar parte en el juego?

ANTONIO. ¿Mas cómo escapar pudiste?

BLAS. Tengo muy duro el pellejo,
y las balas del franchute
se aplastan contra mi pecho.

UN ARAG. Pero ¿solo contra tantos?

BLAS. ¿Me creísteis prisionero?

ANTONIO. Sí, en verdad.
BLAS. Por un instante
tambien lo pensaron ellos;
pero al quererme echar mano
sus ilusiones perdieron.
UN ARAG. ¡Otra!
BLAS. Al hijo de mi padre
solo le aprisionan muerto,
y estoy vivo todavía;
no dirán ellos lo mesmo,
que allí han quedado tendidos
treinta ó cuarenta lo menos.
ANTONIO. ¡Bravo!
BLAS. ¿Pues qué te creias?
Aunque cercarme creyeron
esos malditos gabachos,
yo, que no me mamo el dedo,
para salir del apuro
tenia ya mi proyecto.
Cuando el arrabal tomaron,
en mi casa, y con intento,
escondí un barril de pólvora
para cualquier caso estremo:
apenas sus ví marchar,
su atencion entreteniendo,
les puse bonicamente
una mecha en el barreno,
y me escurrí por la puerta
que tiene salida al huerto.
Como no les contestaban...
ANSELMO. ¡Otra!
BLAS. Se colaron drento.
UN ARAG. ¿Y qué sucedió?
BLAS. Animal
¿qué habia de *sucederlos?*
Nada, que estalló el barril,
y, es claro, estallaron ellos.
ANSELMO. ¿Y no se escapó denguno?
BLAS. Algunos salir pudieron;
pero como yo tenia
el trabuco bien repleto,
toiticos los que escapaban
los iba dejando tiesos,
y á no acabarse la pólvora
me estoy allí el dia entero,
porque los iba cazando
como quien caza conejos...
Pero basta ya de historias;
tu madre viene corriendo

tras de nosotros, que quiere
darte un abrazo bien *prieto.*

ANTONIO. ¿Dónde está?

BLAS. *Mia*, aquí la tienes:
paece que la empuja el viento.

ESCENA VI.

Dichos; AGUSTINA.

AGUSTINA. ¡Hijo!

ANTONIO. ¡Madre!

AGUSTINA. ¡Ven aquí!
Ven, que tu madre te estreche
con amante frenesí,
y satisfecha de tí
feliz la pena deseche.

ANTONIO. ¡Madre amada!

AGUSTINA. Ya he sabido
lo mucho que has peleado,
y que tu brazo aguerrido,
por los demás auxiliado,
la victoria ha conseguido.

ANTONIO. Todos con igual denuedo
á pelear se lanzaron,
y sin conocer el miedo,
en su abono decir puedo
que cual valientes lucharon.
No de esa infame legion
al fuego se intimidaban,
y con noble decision,
dando vivas á Aragon,
al combate se lanzaban;
y sin temer por su suerte,
solo vengar los agravios,
queriendo con mano fuerte,
á buscar iban la muerte
con la sonrisa en los lábios.
Y á cada nuevo francés
que airado el polvo mordia,
por todas partes se oia
de este pueblo aragonés
grito feroz de alegria;
grito, que el pecho inflamando
en justo y noble ardimiento,
la pradera iba cruzando,
nuestra victoria anunciando
al vecino campamento.
Y allí se habia de ver

un puñado de valientes,
que dispuestos á vencer,
hacian retroceder
centenares de esas gentes.
¡Porque cuando un pueblo tiene
de ser libre aspiraciones,
á sufrir nunca se aviene,
y en su carrera detiene
las bastardas ambiciones!

ANSELMO. ¡Bien, Antonio!

AGUSTINA. ¡Hijo adorado!

BLAS. ¡Vá, pues no que será broma...
y mas de lo que ha contado...!

ESCENA ÚLTINA.

Dichos; PILAR, *que entra con la bandera española.*

PILAR. ¡A las armas, que han pasado
ya los franceses la loma!
(*Tomando la bandera de manos de Pilar.*)

ANTONIO. ¡Ira de Dios! ¡Compañeros
cada cual á donde deba!
¡Hoy quieren poner á prueba
su fuerza los estranjeros;
y aunque noveles guerreros,
con el auxilio de Marte,
y el valor por estandarte,
aquí serenos estamos,
y fieros les presentamos
nuestro pecho por baluarte!
¡A las murallas!

ANSELMO. ¡No cejo!
y aunque sé que nada valgo,
aun puede serviros de algo
este miserable viejo:
no desoigais mi consejo,
conducidme á la muralla,
y allí, sirviendo de valla,
con mi cuerpo hareis, muchachos,
buen destrozo en los gabachos,
sin temor á la metralla.

ANTONIO. ¡Venid, y allí confundidos,
lidiando por una idea,
que Europa toda nos vea
sucumbir, mas no vencidos!
(*La orquesta vuelve á preludiar la Jota muy piano, creciendo cuando concluye de hablar Antonio.*)

¡Luchar, mas no guarecidos
de esos escombros detrás;
y digan una vez mas
nuestra historia al escribir,
que España sabe morir,
pero rendirse, jamás!
(Varios disparos y gritos entusiastas; baja el telon pausadamente.)